

Rotas nubes amafistas  
de leche muestran las lomas  
donde borrachos de aromas  
tropezan dedos turistas.  
Por extraviadas pistas  
irrumpe el viento en una ola;  
música de barcarola  
pone en sus versos paganos,  
mientras levanta en las manos  
una estupenda amapola.

### 3. Otra postura

Colegiala buena, mala;  
pastora de vacaciones  
que canta canta canciones;  
Amarilis colegiala.  
Ala frágil, ágil ala  
a la suerte en los vergeles;  
alabada de donceles  
que—en hipotéticas misas—  
con rueditas de sonrisas  
comulgan hostias de mieles.

Entre sauces y pirules  
pajarillo en escoleta,  
y lectora analfabeta  
de largos montes azules.  
Como del asno a gandules  
panal vedado al hocico;  
grano de sol rubio y rico  
que el ave madrugadora  
aflora, enflora, desflora  
en el aire con el pico.

Guardiana de indócil seno  
que junta en hondos jardines  
olor blanco de jazmines,  
de violeta olor moreno.  
Angel que anuncia el estreno  
de surcos primaverales;  
arcángel de los umbrales  
del edén, y en claro sino,  
panadera del pan fino  
de los banquetes nupciales.

### 4. Envío

Pastora, a ti esta alabanza  
que ansiara en versos gentiles,  
por tu pequeño haz de abriles  
frescos y en flor de esperanza.  
Más de veras que de chanza,  
tu voz hube en mis retiros,  
pues de la brisa en los giros  
fui cazador en acecho;  
e hice, a veces, de mi pecho  
trampolín de los suspiros.

### Tierra de sombras

No sé noche en las noches—cómo vine  
a la Tierra del Sueño,  
Todavía mi boca deleitaba  
el sabor de las uvas de tus besos.  
Aun me quedaba, del divino instante,  
en un brazo la forma de tu cuello  
y en el otro el calor de tu cintura.  
Yo seguía la luz de tu recuerdo,  
y repentinamente me hallé solo  
en medio de un enorme bosque negro.

Me penetraba el frío con sus garfios  
en la Tierra del Sueño.  
Dilataba mis ojos el asombro  
rebosando, tal vez, vaso pequeño;  
bajo súbito invierno raudal breve,  
detenia su curso el pensamiento;

y era temblor de una paloma zura,  
en mi abismado corazón, el miedo.  
El dragón de la noche se arrastraba  
en medio del enorme bosque negro.

Y duré caminando muchos siglos  
en la Tierra del Sueño.  
Pasé bajo los árboles monstruosos  
en floración preñada de misterio;  
cerca del turbio manantial callado;  
sobre los sauces de los ríos muertos,  
y lanzaba mi voz como alarido  
sin responder las rocas con un eco.  
Inútil grito, porque estaba mudo  
en medio del enorme bosque negro.

En vano quise huir de la pavora  
de la Tierra del Sueño.  
Los abismos llevaban a otro abismo  
y si mi pie encontraba algún sendero  
constrictoras parásitas, cual sierpes  
furiosas, enredábanse a mi cuerpo.  
Libre después, corría vertiginosa-  
mente un torpe correr sin movimiento:  
era un árbol con ansias pero inmóvil  
en medio del enorme bosque negro.

La fatiga cayó sobre mi carne  
en la Tierra del Sueño.  
Junto a la piedra de dormir, lloroso,  
ya vencido en el último deseo,  
arrojé mi esperanza: era un venablo  
que me tenía traspasado el pecho.  
Y en la noche cerrada, como todos,  
fui un montón de ceniza entre los muertos  
y un fantasma de sombra, envuelto en sombras,  
en medio del enorme bosque negro.

### Regreso

Il ricordo é poesia, e la poesia  
non é se non ricordo.

GIOVANNI PASCOLI.

Iban las calles sin saber adónde,  
cayendo y levantando  
hasta quedar dormidas en el campo.

Las casitas de faz con enjalbiego  
estaban sin crecer un solo palmo.  
(¿Proyectarían sus arquitecturas,  
para ilustrar un cuento, los enanos?)

Recoletas. Caducas.  
Sin embargo,  
nada ha podido resistir como ellas  
el telúrico baile del espanto.

Ellas saben las vidas paralelas  
de la locomotora que se va llorando  
y del burrito que vuelve cantando.

No verán su vejez en el espejo.  
Tuvieron uno solamente, antaño,  
que sustraído fué con la laguna  
por malas artes de los ingenieros.

Ahora, al saludar (¿al hijo pródigo?),  
la sonrisa más franca de sus patios  
se empurpuraba en el mantel del aire.

Iban las calles sin saber adónde;  
yo, sin cómo ni cuándo.

Se oía, antes del turno de los grillos,  
en el jardín, la banda del silencio.

Pero bajaba el cielo a dar sus ramos  
como siempre en las varas de los plúmbagos,  
y los naranjos,  
antes pura la frente de azahares,  
tenían frutos nuevos en los brazos.

Guardaba el farolero entre los lirios  
el nocturno Camino de Santiago.

El colibrí epiléptico asumía  
la inspección general de las fragancias.

Uua montaña de cabeza blanca  
remendaba las nubes del ocaso.

Los cerros  
—avizorando—  
se apercibían a cazar estrellas.

(Cerros grises, domésticos y mansos,  
como los vi a mi puerta siendo niño.  
Dios les pasa la mano  
por sobre el lomo, en tardes y mañanas.  
o los azota cuando está enojado.)

Iban las calles sin saber adónde;  
yo, sin cómo ni cuándo.

Tras el roído portalón del huerto  
cantaba, haciendo azúcar, el verano.

Al beber su refresco de arrayanes  
el aire verde levantaba el vaso.

Dentro del corazón de las guayabas  
un pájaro tenaz con su piqueta  
buscaba los tesoros de Eldorado.

Despertó el celo de los garañones  
del viento.  
Por el camino en polvo iban al campo,  
tras las yeguas retintas de la tarde.

Cortaba frescas rosas de sonido  
—por tejer la corona del rosario—  
la torre que sin éxitos de cuenta  
vive poniéndole la cruz al diablo.

Iban las calles sin saber adónde;  
yo, sin cómo ni cuándo,

A la altura del beso,  
alzó una rosa cárdena el picacho.

Banderas desplegadas,  
desfiló ante la noche un sindicato  
de nubes.

En las fértiles sombras  
empezaba la siembra de los grillos.

Las estrellas croaban en los charcos.

A mi encuentro salió, toda de blanco,  
con el perfume que aprendí en mi novia,  
la casa que el olvido está alquilando.

Retornaba el silencio de la noche,  
los aperos al hombro, paso a paso.

Y Dios llegó en disfraz de peregrino,  
con su nombre: Pasado.

Y mi niñez volvía,  
militar y torera.

(Cabalgaba el rocín de la aventura  
al margen de los libros no estudiados.  
Rubias horas de sol, vistiendo seda,  
esparcían mis ansias como nardos.)

La vocesita tenue de las cosas,  
¡cómo se entraba al corazón cerrado!  
Fluía por los surcos del recuerdo  
continua y musical como un regato.

El viento se alejó con su mensaje.  
Y atrayéndome a sí con dulce mando  
—quedo en los labios el pueril lenguaje—  
cada cosa me habló: ¿te acuerdas cuando...?

Francisco González Guerrero